

Apartir de un diagnóstico sobre el agotamiento del modelo chileno, el nuevo libro de Óscar Landerretche, del cual ofrecemos un extracto, propone una estrategia para el futuro.

Óscar Landerretche M.

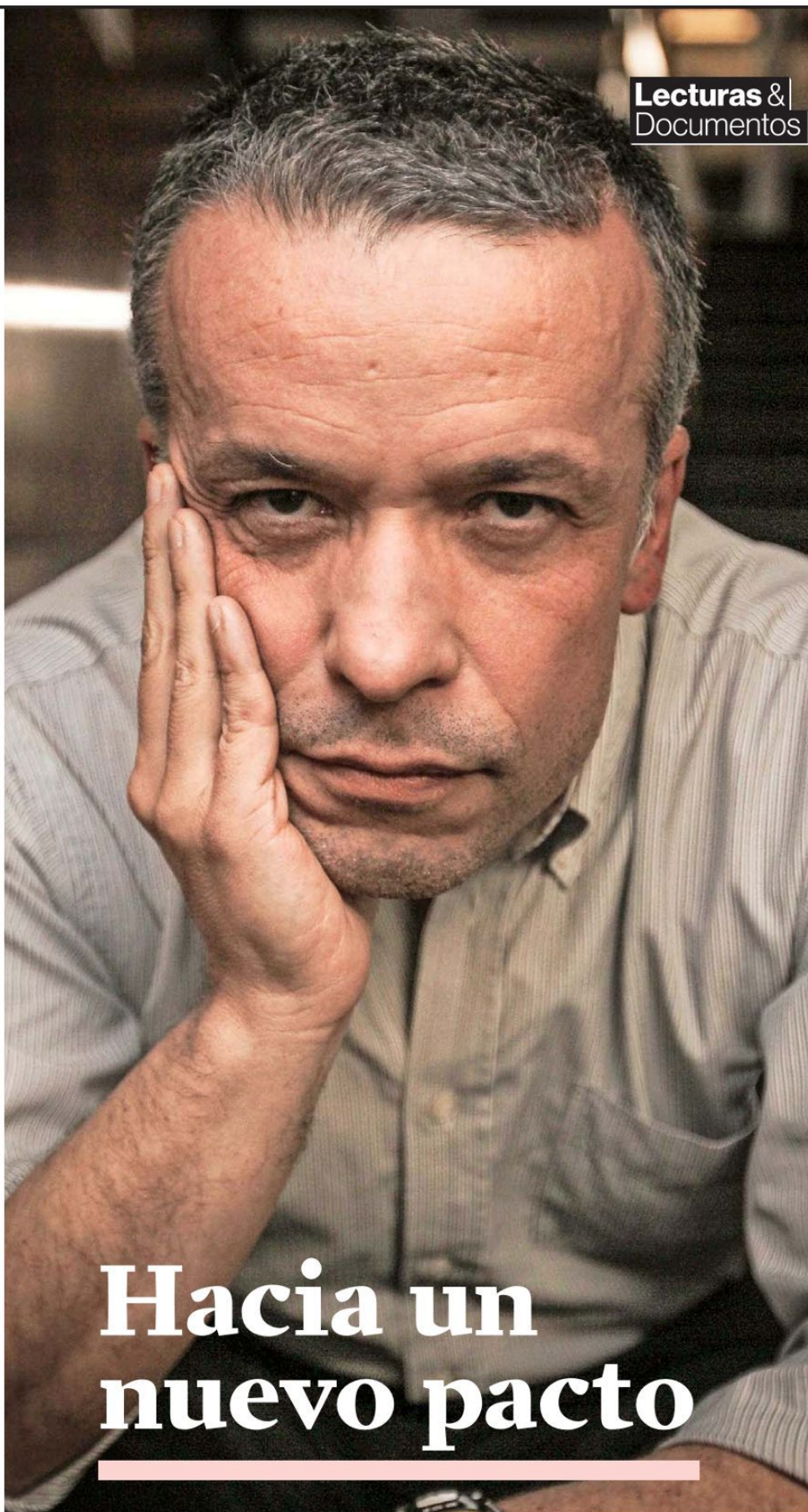
El problema de la desigualdad y el desarrollo

El gráfico 1 describe la evolución de la desigualdad y el nivel de ingreso en Chile desde 1957 en adelante. Tiene dos partes. Al gráfico 1a [en la página siguiente] en la universidad, con mis estudiantes, lo llamamos un gráfico “chispita”, porque funciona parecido a las chispitas que a uno le compraban cuando era cabro chico en Año Nuevo. ¿Se acuerdan cómo uno movía rápidamente la chispita encendida y hacía dibujos en el aire que quedaban marcados por un instante en el espacio? ¿Se acuerdan cómo la parte final del dibujo (la más cercana a donde estaba la chispita) quedaba más marcada y la parte inicial (donde uno había partido el dibujo) más borrosa a medida que se iba esfumando en la oscuridad? Así funciona este gráfico: la parte más oscura corresponde a los años recientes y la parte más punteada, donde la línea se va esfumando, al tiempo pasado. Ahora, este gráfico chispita tiene algo más: tiene marcados los diferentes periodos presidenciales desde la transición a la democracia incluyendo los últimos tres años de la dictadura. Así que, si uno recorre la “estela” de la “chispita”, puede notar cómo fue el desempeño de cada Gobierno en las dos variables del gráfico. ¿Las mejoró? ¿Mejóro una y la otra no? ¿Empeoró las dos?

[...]

Debido a todas las críticas y el debate que existe en torno al Gini y a cómo se debe medir la desigualdad, en este libro preferimos optar por un enfoque conservador y parsimonioso. No vamos a inventar nuestra propia medida de desigualdad, no vamos a “manosear” las cifras para que se ajusten a la narrativa que nos gusta, nada de eso. Más bien vamos a reportar las medidas de desigualdad estándar que se reportan y usan a nivel internacional y local.

Es por eso que el gráfico “chispita” solamente muestra los datos entre el año 1987 y 2017. Lo que estamos mostrando son las cifras de equidad (Gini) y nivel de PIB per cápita que reporta el Banco Mundial en sus bases de datos. La medida de desigualdad que usan es la que se construye a partir de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (Casen), que es el instrumento más



Lecturas & Documentos

Hacia un nuevo pacto

(Continúa en la página 18)

(Viene de la página 17)

completo que tenemos para medir variables socioeconómicas en Chile (...). La medida sigue estando sujeta a muchas de las críticas que hemos discutido y, además, solo existe desde fines de los años ochenta; pero, como dicen, “es lo que hay”: hay que prestarle atención, pero tener presente las críticas.

Para complementar el análisis es que acompañamos el gráfico “chispita” con el gráfico 1b. Ahí, la serie gris es la misma del gráfico anterior (solo que graficada en el tiempo) pero, además, hemos sumado el cálculo del Gini a partir del instrumento estadístico más antiguo que existe en Chile: la Encuesta de Ocupación y Desocupación del Gran Santiago de la Universidad de Chile, que se aplica en forma continua y comparable desde 1957.

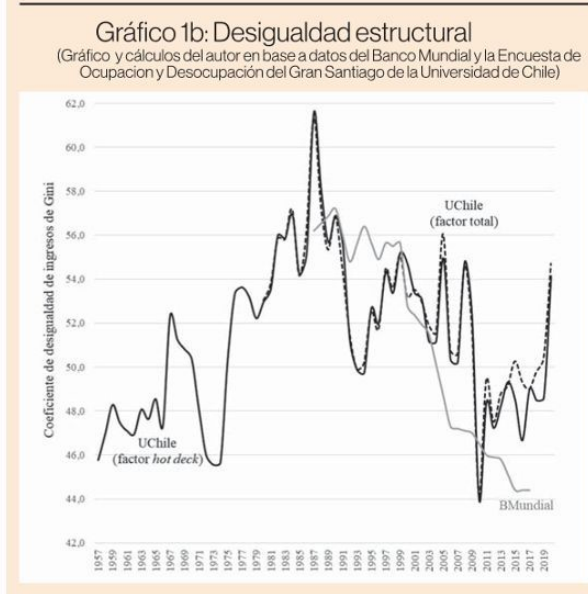
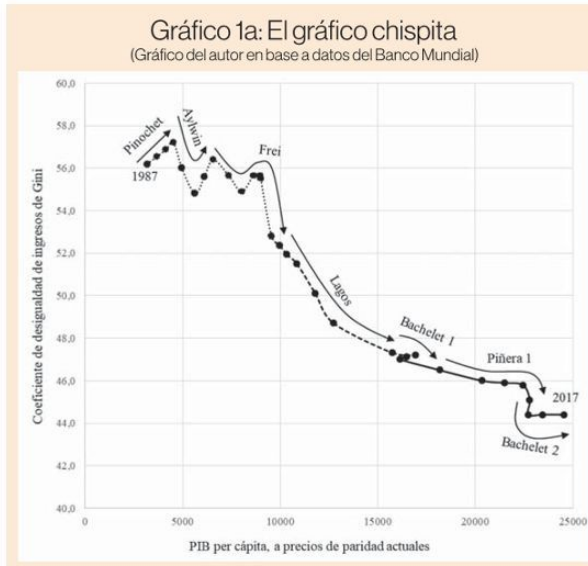
[...]

¿Qué nos muestra este gráfico “chispita” que describe la trayectoria de estas dos mediciones imperfectas del bienestar promedio y la desigualdad? ¿Y qué nos dicen 63 años de crecimiento y desigualdad de Chile medida con estos dos instrumentos estadísticos? Varias cosas.

Primero, nos sirve para comprender algo relativamente obvio y que salta a la vista: el momento más igualitario de la historia chilena hasta hace muy poco es el último año del Gobierno de la Unidad Popular. En ese momento, alcanzamos a tener un Gini de 45. No es algo tan sorprendente. De acuerdo a ambas medidas habríamos recuperado niveles similares en los años recientes previos a la pandemia, incluso logrando bajar un poco más y acercarnos a un Gini de 44.

Para hacernos una idea de cuán grave es la enfermedad crónica de la desigualdad chilena, considere que el Gini comparable de un país como Portugal, por ejemplo, es alrededor de 35 hoy. Un país como Uruguay está levemente debajo de 40, un poquito más abajo que Estados Unidos que está por el 41. Suecia y Holanda, en cambio, están por debajo de los 30. Esto es, incluso en su momento más igualitario de acuerdo a esta medida, hacia finales del Gobierno de la Unidad Popular o en los años previos a la pandemia, Chile era más desigual que EE.UU. hoy. Por eso decimos que Chile es un país crónicamente desigual.

Segundo, la dictadura militar tuvo como elemento central y explícito de su estrategia económica la implementación de políticas que aumentaron dramáticamente la desigualdad. Pasamos de un Gini de 45 a uno que a principios de los ochenta estaba sobre 50 y que pasó casi toda esa década sobre 55, llegando a su punto máximo de 62 hacia finales de la dictadura de acuerdo a una medida y 57 de acuerdo



Ficha de autor

Oscar Landerretche Moreno. Ph.D. en Economía por el Massachusetts Institute of Technology (MIT), actualmente es Profesor Titular en la Facultad de Economía y Negocios de la U. de Chile. Fue también presidente del directorio de Codelco.

a la otra. Cuesta encontrar países con esos niveles de desigualdad. En las bases de datos del Banco Mundial (que documenta estos indicadores a nivel internacional) encontramos a Brasil y Botswana con 53, a Suazilandia y Lesotho con 51, a Mozambique con 54, a Namibia con 59 y a Sudáfrica con 63. Ese es el estándar de desigualdad que entregó y nos heredó Pinochet.

Tercero, los Gobiernos democráticos que hemos tenido desde el final de la dictadura sí han reducido la desigualdad de ingresos en Chile, de acuerdo a esta forma de medirla. Además, por cierto, en ese mismo periodo, redujeron dramáticamente la pobreza. Al principio de este periodo, al terminar la dictadura, casi la mitad de los hogares chilenos eran pobres de acuerdo a medidas internacionalmente comparables. Hoy ese número se ha reducido a menos de un quinto y por

ello nos hemos empezado a preocupar de medidas de pobreza multidimensional, es decir, que van más allá del ingreso. Esa reducción en desigualdad se logró, adicionalmente, al mismo tiempo que se lograba crecimiento económico muy significativo. Esto significa que si uno evalúa la promesa central de los Gobiernos de esa época, el “crecimiento con equidad”, se tendría que admitir, a lo menos, que se ubicó al país en una dirección de cumplimiento de esa combinación. No solo eso, esa combinación de crecimiento y mejoras en la igualdad se logró en una época en que en casi todos los países del mundo (y con muy pocas excepciones) aumentaba la desigualdad en vez de reducirse.

Sin embargo, al mismo tiempo, es cierto que el efecto neto de las tres décadas desde el retorno a la democracia es, a lo más, el haber logrado revertir el espantoso shock de desigualdad de la dictadura. En treinta años se logró quizás reparar el daño de diecisiete, pero no se logró ir más allá. No se ha logrado, aún, alcanzar niveles de equidad comparables a los de los países “alcanzables” de la OCDE (el club de los países más desarrollados del mundo). Esa falencia de las políticas económicas de la transición es completamente real y esa crítica es válida. Chile hoy sigue teniendo indicadores de desigualdad de ingresos similares a los que tenía antes de hacer la reforma agraria. Y quizás lo más preocupante sea que, en años recientes, la tendencia a crecer e ir paulatinamente mejorando en equidad se ha ido desacelejando incluso antes de la pandemia.

Increíble, ¿no? Más que increíble, completamente intolerable en un país que pretende alcanzar desarrollo económico y democrático.

Les dije que los diferentes argumentos que circulan sobre esto tienen algo de verdad y algo de mentira. Pero no nos debiera sorprender, después de todo, sabemos que la retórica política tiene una relación... digamos... “creativa” con la verdad.

Queda una cosa más que podemos leer en estos gráficos y es, por cierto, el efecto de la pandemia. El último dato del gráfico 1b es del año 2020. Aún no hay datos de Casen posteriores al 2017 por lo que solo disponemos de la cifra calculada con los datos de la Universidad de Chile. El resultado es dramático: el Gini se dispara desde un nivel de 48 en que había estado fluctuando los últimos años hasta casi 55. De acuerdo a esta medida (con todos los problemas que tiene), como resultado de la pandemia, hemos retrocedido una década en equidad llegando a niveles parecidos a los de la dictadura. Es probable que una parte de esto se revierta en la medida en que superemos esta crisis, pero es improbable que todo este “shock” de desigualdad

desaparezca tan rápido.

El problema del modelo chileno

El gráfico 2 muestra el Imacec de diferentes maneras desde fines de los años ochenta hasta el presente. Muestra cuatro formas diferentes de ver el crecimiento del Imacec, o sea, del PIB y de la economía. La serie gris más clara muestra el crecimiento porcentual del Imacec de un mes, comparado con ese mismo mes del año anterior. (...) Surge esa forma que parece un electrocardiograma, esas mediciones para ver cómo está funcionando el corazón. Literalmente lo que estamos viendo en esa serie es el pulso de la economía chilena.

Varias cosas saltan a la vista con esa serie. Podemos notar que hay una diferencia bastante marcada entre un periodo de alto crecimiento (hasta la crisis asiática de 1998), un periodo de crecimiento un poco menor (hasta la crisis *subprime* del 2008) y luego un periodo que tras una brevísima recuperación (posterremoto) está marcado por un deterioro tendencial. (...) Vemos, además, que lo ocurrido como resultado compuesto del estallido social, pero principalmente por la pandemia reciente, es mayor en magnitud que las grandes crisis que hemos sufrido en el pasado y que han llegado desde el exterior.

[...]

Otro aspecto que se observa en el gráfico es cómo la economía está constantemente afectada por contingencias transitorias. (...) La economía siempre está subiendo y bajando, constantemente adaptándose a las condiciones cambiantes que enfrenta.

Una manera de eliminar esta turbulencia en la serie es comparar no un mes con el mismo del año anterior, sino un año completo con el año anterior. Esto es lo que vemos en la serie que sigue en oscuridad a la de tonalidad más clara de gris: sumamos todo el producto de doce meses y lo comparamos con los doce meses anteriores. A este tipo de ejercicio estadístico lo llamamos de “ventanas móviles”, porque lo que hacemos es tomar una “ventana” de doce meses, compararla con la “ventana” de los doce meses anteriores y luego nos movemos de un mes a la vez, para continuar la comparación. (...)

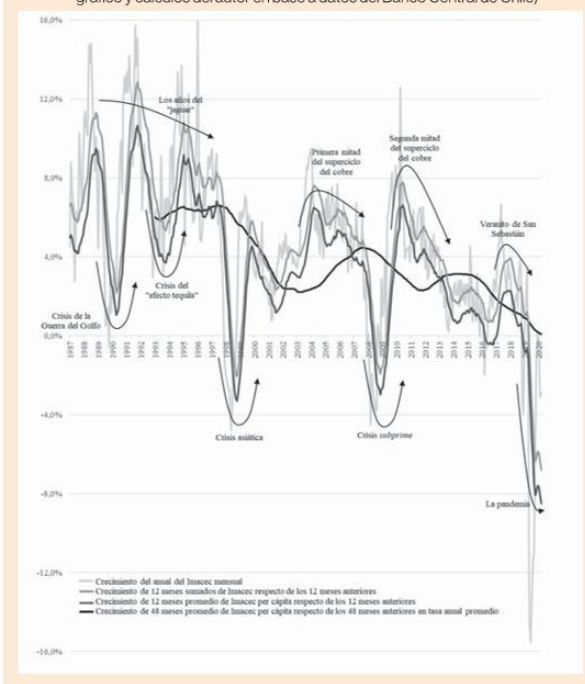
Ahora fíjese que en el gráfico 2 hay otra serie, en un gris aun más oscuro, que parece seguir muy de cerca la serie que acabamos de explicar, pero en un nivel que está entre 1,5-2,5% más abajo. ¿Qué es esa serie? Es la evolución del producto de Chile de acuerdo con esto de las “ventanas”, pero en vez de reportar solamente su crecimiento, reportamos su crecimiento por persona.

[...]

La última serie del gráfico, de color negro, hace el mismo cálculo de crecimiento de una ventana de meses por cá-

Gráfico 2: El camino hacia cero crecimiento

(Todas las series indican crecimiento en base anual en base al Imacec, gráfico y cálculos del autor en base a datos del Banco Central de Chile)



pita, pero en lugar de tomar doce meses toma cuarenta y ocho, esto es, cuatro años, lo que dura un periodo presidencial. Para hacer que las series sean comparables tomamos la raíz cuarta de esta tasa para representar el crecimiento anual promedio de ese periodo de cuatro años. La tendencia estructural a la baja es bien evidente y, notemos, bastante anterior al estallido social o la pandemia.

Si miramos cuando termina esta serie, calculada a principios del 2021, vemos una economía que ha promediado, en los últimos cuatro años, cero crecimiento por cápita... ¡Cero!

Lo que estos gráficos muestran es que, como sea que uno mire los datos, hay un deterioro en el desempeño de la economía chilena. Este proceso de deterioro lleva bastante tiempo y, de hecho, a estas alturas ni siquiera es posible afirmar que haya una diferencia sustantiva en desempeño promedio entre los gobiernos de izquierda de la presidenta Michelle Bachelet y los de derecha del presidente Sebastián Piñera, que se han alternado durante los últimos quince años. La tendencia al deterioro en tasas de crecimiento lleva más de una década y atraviesa, a estas alturas, a dos gobiernos de cada lado del espectro político. Pocas cosas se parecen más a una tendencia estructural.

Lamentablemente, los indicadores de deterioro no se limitan al Imacec. No solamente ha caído nuestro crecimiento económico de tendencia, sino también nuestras tasas de inversión. Ha caído la creación de empleo y el crecimiento de los salarios reales. Han caído

muy fuertemente las tasas de crecimiento de nuestras exportaciones. Ha caído, por bastante tiempo, la tasa de crecimiento tendencial de nuestra productividad media laboral.

Hay un deterioro sistemático que insta una sensación de mediocridad y de pérdida de liderazgo. Este deterioro se hace sentir en la población general, en un proceso de desaceleración en el crecimiento de los salarios y los ingresos reales de los hogares, así como en una creciente restricción en la disponibilidad de fondos fiscales o de base tributaria para financiar bienes públicos y redistribución de ingresos.

[...]

Por ejemplo, el crecimiento potencial real de la economía chilena que hace diez o quince años fluctuaba, por lo general, en el rango de 5-6%, hoy en día se estaciona en el rango 2-3%. Si consideramos que la población chilena crece a algo más que 1% anual (ha ido bajando, pero muy lentamente), esto significa que el crecimiento del producto potencial por persona, que antes podía estar en torno a 4-5%, hoy está más cerca de 1-2%.

Esto que puede parecer, inicialmente, una diferencia pequeña, es en realidad enorme. Por ejemplo, para llegar al nivel de producto per cápita que tiene España hoy, Chile necesita aumentar el suyo en algo más de 50%. A tasas de 4-5% le tomaría a Chile entre diez y doce años; a tasas de 1-2% entre veinte y cuarenta años.

[...]

Para dar órdenes de magnitud: el crecimiento de la productividad de la economía chilena no minera en los años del “jaguar” (esto es, los años noventa previos a la crisis asiática de 1998), estuvo por sobre el 3% anual; en los años posteriores a esa crisis, estuvo en torno a 2%; en los años previos a la crisis *subprime* llegó a promediar 1% y hoy está en torno a 0,5% anual. O sea: 3-2-1-0,5... la tendencia es muy clara.

[...]

La economía chilena ya no se desempeña como nos tenía acostumbrados. El “modelo”, lo que sea que ello signifique, nos guste o no nos guste, ya no rinde lo que rendía antes. Quizás no sea tan sorprendente que el estallido social ocurriera en el segundo año de un Gobierno que fue electo justamente por su promesa de restablecer el crecimiento económico, pero que había mostrado un pobrísimo desempeño en esta variable. Luego de un breve periodo de aceleración, a principios del segundo Gobierno del presidente Piñera resultado, sin duda, del entusiasmo empresarial con su programa de Gobierno, la realidad volvió a su cauce estructural. En septiembre del 2019, un mes antes del estallido social, el crecimiento anual per cápita (la tercera serie que discutimos) de la economía chilena era 0,6%. Duró poco el “veranito de San Sebastián”.



«Hacia nuevo pacto. Cómo construiremos un contrato social, político y económico más moderno y justo para Chile», Oscar Landerretche M. Editorial Planeta, Santiago, 2021, 240 páginas.